ANTIIDEALISMO E INSTRUMENTALIZACIÓN METAFÍSICA EN STIRNER

NOLO RUIZ
Universidad de Sevilla

La filosofía de Max Stirner (1806-1856) ha sido interpretada y calificada a lo largo de la historia de muchas maneras, a saber, egoísta –el propio autor, tanto en su obra principal, *El Único y su propiedad*, como en las respuestas a las recensiones recibidas por dicho texto, así lo defiende–, individualista, anarquista, y un largo etcétera[40]. Sin embargo, el estudio y profundización del pensamiento stirneriano deja bien a las claras que se puede señalar como eje central del mismo el antiidealismo, tantas veces mal llamado irracionalismo, según el cual cada ser humano individual de carne y hueso antecede y se halla por encima de cualesquiera ideas, las cuales son siempre propiedad del sujeto pensante y, por tanto, instrumento suyo, nunca al contrario, como, según la interpretación del pensador bayreutense, ha sucedido a lo largo de la historia desde la juventud de la humanidad, que llega con el cristianismo (y su herencia platónica). Pese a interpretaciones como las que ven a la base de la filosofía stirneriana la crítica moral, política, teológica o, ahondando más, ideológica[41], sin que esto pueda negarse de ningún modo, más a la raíz cabe decir que el núcleo principal de su pensamiento se posiciona frente al idealismo, esto es, una particular e histórica concepción ontológica de las ideas que les otorga existencia y realidad –incluso corporalidad– independiente del sujeto que las piensa, además de superioridad frente a este y anterioridad (preexistencia). Efectivamente, Stirner no niega (el ser de) las ideas, sino una determinada ontología de estas. Antiidealismo

[40] Carroll (2010, 21) la denomina anarquismo psicológico: «Lo más impresionantemente radical del método de Stirner, dada su época, es que fundamenta su egoísmo psicológicamente».

[41] Cfr. Carroll 2010, 22.

que fundamenta el egoísmo stirneriano y que, en virtud de su diferenciación entre *Ich* (yo) y *Selbst* (mí mismo), bien puede ser denominado, mucho más estrictamente, como *ipseísmo*, en sentido ricoeuriano[42].

Stirner parte de dos axiomas fundamentales, a saber: primero, el egoísmo consustancial a cada individuo o ser, sea este Dios, el Emperador, el Papa, la Patria, según el que afirma que cada quien defiende su causa propia, lo suyo; y, segundo, el nihilismo radical introducido en el inicio mismo del texto en forma de consideración, por el que cada ser humano, como todo lo demás, es simple y llanamente nada, pero no una nada cualquiera, una nada creadora. Así, *El Único y su propiedad* comienza con una introducción titulada '*Ich hab' Mein' Sach' auf Nichts gestellt*'[43] ('He basado mi causa en nada'), esto es, en lo que es cada cual siendo nada, en sí mismo, por encima de lo que, por tanto, exclama, no acepta nada («*Mir geht nichts über Mich!*»[44]), situando a cada individuo desde su sí mismo en la cúspide del mundo. Esta consideración acerca del lugar (encima o debajo) que le corresponde a las ideas en relación con el individuo juega un papel de relevancia a lo largo de una obra que comienza con una metáfora de inspiración también goethiana, además

---

[42] «En inglés o alemán, no ocurre lo mismo, donde *same* (igual) no puede confundirse con *self* (sí mismo), *der* (el), *die* (la), *dasselbe* (lo mismo) o *gleich* (igual), con *Selbst* (sí mismo). A menos que sea en filosofías que expresamente derivan la *seljhood* (mismidad) o la *Selbstheit* (existencia propia) de la *mêmeté* (identidad) resultante de una comparación. Aquí, el inglés y el alemán son menos propensos a la ambigüedad que el francés» (Ricoeur 1990, 13).

[43] Sentencia inspirada en un poema de Goethe titulado '*Vanitas! Vanitatum vanitas!*'. Según escribe Goethe en este poema, cuando basó su causa en el dinero y los bienes perdió la alegría y el valor; cuando basó su causa en las mujeres le sobrevino la desdicha; cuando basó su causa en los viajes no se sintió bien en ningún lugar lejos de su tierra natal, donde la comida no era de su gusto, no dormía bien y no era entendido por los demás; cuando basó su causa en la fama y el honor, la gente le miraba mal y a nadie hacía bien; cuando basó su causa en la guerra, logró muchas victorias pero perdió un pierna. Sin embargo, dice al principio y al final, y también en esto se aprecia un paralelismo entre el poema de Goethe y el libro de Stirner, cuando basa su causa en nada, le va bien, el mundo le pertenece: «He basado mi causa en nada [...] por eso me va tan bien en el mundo [...] y quien quiera ser mi camarada, que brinde conmigo, que se una a mí, ¡en este declive del vino! [...] Ahora he basado mi causa en nada [...] y todo el mundo me pertenece. [...] Se acaba ahora el canto y el banquete. Solo beban todos los vasos. ¡El último debe vaciarse!» (Goethe 1960, 92-93). Un poema en el que se vinculan egoísmo (mi causa), nihilismo y propiedad –así como el espíritu del vino y la embriaguez–.

[44] «Nada hay por encima de mí» (Stirner 1844, 2).

de hegeliana[45] que le sirve de faro y guía durante todo el texto –y que muestra desde el inicio el carácter simbólico que Stirner intenta imprimir en ella–, *Ein Menschenleben*, la vida de un ser humano, que divide en tres etapas: el niño, el joven y el adulto. El niño es realista, le interesan las cosas del mundo, solo posee intereses no espirituales; así, si el niño no tiene un objeto del que ocuparse se aburre. Poco a poco, gradualmente, cuando llega a joven consigue descubrir lo que está detrás (más allá, *Jenseits*) de las mismas cosas, se convierte en idealista, vive inspirado por ideas, de modo que, a diferencia del niño, el joven solo tiene intereses espirituales, pues la etapa de juventud es el momento en que aparta los objetos que le ocupaban en la niñez porque ha descubierto los pensamientos, aferrándose incluso a los asuntos más nimios, a las cosas más triviales, porque descubre tras ellas espíritus, se convierten en símbolos. Finalmente, el adulto tiene intereses encarnados, referidos al cuerpo (propio), esto es, egoístas, de modo que coloca su interés personal por encima del resto. Es el momento en que el individuo humano ha de reconocer su superioridad y dominio sobre las ideas en tanto que creaciones suyas y, por ende, su propiedad. En la etapa anterior, la "época de los espíritus" (*Geisterzeit*), los pensamientos habían crecido por encima del individuo, como fantasías febriles y espectros de poder aterrador. «Los pensamientos se habían vuelto corporales por sí mismos, se convirtieron en fantasmas, como Dios, Emperador, Papa, Patria, etc.» (Stirner 1844, 6), afirma el pensador bávaro. Por ello, sostiene, el ser humano egoísta, adulto, destruye la (pseudo)corporeidad de las ideas

---

[45] Por un lado, este capítulo guarda un claro paralelismo con el fragmento 806 de las *Máximas y Reflexiones* de Goethe, que reza: «Cada edad del ser humano responde a una cierta filosofía. El niño se presenta como realista; porque se convence tanto de la existencia de peras y manzanas como de la suya propia. El joven, asediado por pasiones internas, debe observarse a sí mismo, sentir su camino: se transforma en idealista. Por otro lado, convertirse en escéptico tiene todo su fundamento para el hombre; es sensato dudar si el medio que ha elegido para su propósito es el correcto. Antes de actuar, durante la acción, tiene toda la razón para mantener su inteligencia flexible, para que luego no tenga que lamentarse de una elección equivocada. Sin embargo, el anciano siempre se inclinará hacia el misticismo. Él ve que tantas cosas parecen depender del azar: lo irracional tiene éxito, lo racional falla, la fortuna y la desgracia coinciden inesperadamente; así es, así fue, y la vejez se tranquiliza en aquel que es, que fue, y que será» (Goethe 1907, 178-179). De la cuarta etapa, la de la vejez, Stirner dice no poder afirmar nada (cfr. Stirner 1844, 6) puesto que todavía no ha llegado. Por otro lado, este capítulo comienza (y desde entonces se mantiene, ora explícita, ora implícitamente, durante toda la obra) con la hegeliana dialéctica del amo y el esclavo.

diciendo que solo él tiene cuerpo, tomando, con ello, el mundo como lo que es para sí mismo, como suyo, como su propiedad. Así, dice: «Si como espíritu rechacé al mundo con profundo desprecio, como propietario rechazo a los espíritus o ideas en su "vanidad". Ya no tienen poder sobre mí, así como sobre el espíritu ninguna "fuerza terrenal" tiene dominio» (*ibid.*). Stirner aplica a la humanidad y su historia, a la de su filosofía, esta metáfora de la vida de un ser humano, situándolas en, todavía, una etapa juvenil. La humanidad a lo largo de la historia, tras un período realista (infantil), llega a la juventud de su ser con la conciencia del pensamiento, especialmente del propio, de las ideas, tanto aquellas forjadas –pensadas– por cada cual, así como las inculcadas por otros, del presente o del pasado, el descubrimiento de un sí mismo eidético. Hasta entonces, el mundo era material, superficial, por abrir, y que el ser humano, como el niño, intenta desentrañar. Tal era su *Weltanschauung*. Con el cristianismo aparece el mundo de las ideas, un mundo inmaterial y creado por los sujetos pensantes, que, pese a lo que creen o les han hecho creer, no piensan en tanto que pensantes, sino que son pensantes en tanto que piensan, esto es, no es el pensamiento anterior a la idea sino, al contrario[46]: «Al crear el primer pensamiento, te estás creando a ti mismo como pensador, ya que no piensas antes de tener ese primer pensamiento. ¿No te convierte tu canto en cantante y tu hablar en un ser humano que habla? De la misma manera, el acto de producir algo de naturaleza espiritual te convierte primero en espíritu» (Stirner 1844, 15). Y aquí se halla una cuestión de importancia que rompe con la tradición platónico-cristiana: las ideas son consecuencia, no causa. Lo que significa que pensar, el acto biológico, precede a la idea, producto suyo como la miel de las abejas. El espíritu no existe hasta la primera producción espiritual, señala. Lo que supone, además, que la idea de una cosa no es por sí misma. En este sentido, la obra de Stirner «se presenta como una enmienda a la totalidad que pone patas arriba buena parte de las

[46] «Todo su trabajo parte de la firme convicción de que existe un orden primario de realidad sobre el cual todo lo que se puede decir es que el individuo existe, que "¡Yo soy!". El individuo primero existe y luego comienza a definirse. Las esencias, la dimensión comunicable y socialmente mediada del carácter individual, pertenecen al segundo orden de la realidad» (Carroll 2010, 31).

premisas metafísicas y éticas de la teología y la filosofía precedentes»[47] (Chillón 2008, 48), contra la que se levanta dado que el reino de los espíritus (ideas, esencias, universales) ha encontrado su puesto en la filosofía especulativa. Llegada la edad madura se descubre el cuerpo y el amor por él, se conoce, se siente y disfruta en él y por sí mismo, en ser tal como se es en la cotidianeidad, experimentando con ello una alegría genuina y surgiendo así un interés (egoísta) que va más allá de la mente, que busca la satisfacción completa, el contento de todo el ser, un interés propio[48]. Aparece así otro de los temas fundamentales de esta enmienda a la totalidad: la defensa del cuerpo y el señalamiento de sus negadores.

Stirner equipara la Antigüedad (etapa negra) con el niño, y la Modernidad (etapa mongol) con el joven. Los antiguos, sostiene, producen una cosmología. Tienen dependencia de los objetos. El espíritu es para ellos la razón, el intelecto. Y aunque comienza en ellos el desprecio del cuerpo, de la vida, el antiguo –el niño– sigue en el fondo apegado al mundo, no puede librarse de él. La Modernidad se corresponde con el cristianismo, tanto la pre como la post-cartesiana. Desde entonces, la filosofía saca sus conclusiones de las premisas cristianas: todo es espíritu, tienen dependencia de él. Los modernos producen una teología. En esta etapa, las ideas se corporeizaron, esto es, ganaron (metamorfosearon su) entidad ontológica, convirtiéndose con ello en fantasmas, esto es, en apariciones de aspecto corpóreo siendo en cambio meras ilusiones convertidas por el todavía joven individuo humano en seres superiores. El Dios católico, el de Lutero, el *Grand-Être* de Comte son igualmente un ser supremo.

---

[47] «Y ello no solo por su arrebatada defensa del individualismo egoísta ni por la temida, casi legendaria contundencia de sus dicterios contra la religión cristiana y el proyecto humanista, sino por la epistemología implícita a su razonamiento, heredera de la consciencia lingüística inaugurada por Wilhelm Humboldt y precursora, a su vez, de la implacable e impecable deconstrucción nietzscheana de la razón y la moral, del ficcionalismo de Hans Vaihinger y del giro lingüístico que atraviesa de cabo a rabo el pasado siglo» (Chillón 2008, 48).

[48] «Solo entonces, cuando le tomas cariño a tu cuerpo y sientes placer en ti mismo, tal como eres en carne y hueso, una alegría que se encuentra en la madurez, especialmente en el hombre, solo entonces tienes un interés personal o egoísta, es decir, un interés no solo de nuestra mente, sino de una satisfacción total, la satisfacción de todo el individuo, un interés útil propio» (Stirner 1844, 5).

La moral es otro fantasma que nos posee, aunque objetivamente no existan ni el bien ni el mal más que como creaciones del pensamiento humano, como productos suyos, igual que el Estado, por quienes los individuos son poseídos, convirtiendo estas ideas en sus obsesiones y fijaciones, fanatizándolos de modo que responden con violencia cuando se pone en cuestión la existencia real, corporeidad o instrumentalidad de estas ideas a las que, a través de un comportamiento demente, se les concede ser y estar por encima de cada uno y de todos. Y de esto no escapan siquiera quienes creen haber matado a Dios (ateos), ni los denominados materialistas como liberales o socialistas, en el fondo, igualmente hechizados por estos espectros.

También la libertad, a la que califica como doctrina del cristianismo, es una idea: un ideal. El deseo humano no puede ser satisfecho por la libertad, pues no se quiere la libertad de tener lo que se quiere tener, la libertad de tener una cosa, sino que se quiere tener lo que se quiere tener, la cosa misma. ¿Cómo disfrutar de aquello que se aspira a tener la libertad de poseer hasta que no se posea ya? Es necesario, afirma Stirner, convertirlo en propiedad. Contrapone así libertad y propiedad, entendida, en este caso, muy fundamentalmente, como singularidad (individualidad). El filósofo bávaro define libertad como estar exento de, como deshacerse o quitarse, como algo que se pierde; la propiedad, sin embargo, es lo que se posee, lo que se adquiere. Alguien que olvida la receta de las espinacas con garbanzos está libre de la receta, y para quien aprende a tocar la guitarra flamenca, el toque se habrá convertido en su propiedad. Por tanto, la libertad lleva a la renuncia, a la impotencia, y con ello a la constricción, apareciendo con la idea de libertad los límites. Cuanto mayor es la libertad, mayores los límites y deberes. Cuando el ser humano por fin tuvo la libertad para volar, inmediatamente aparecieron nuevos límites, como la imposibilidad de viajar a otros planetas (que ya prácticamente se puede). Cuando esto sea posible, la libertad de viajar a otros planetas se convertirá en propiedad y aparecerá la imposibilidad de viajar a otros sistemas planetarios, después a otras galaxias y así sucesivamente. Además, dice Stirner, se puede estar libre (exento) de muchas cosas pero no de todo, la libertad completa es imposible, «solo existe en el reino de los sueños» (Stirner, 1844: 83)–, igual que lo es no

tenerla de una u otra forma, pues, ¿quién no está libre de muchas cosas?, esgrime Stirner. De lo que se trata, defiende el bávaro, es de no perder, es decir, no de ser libre sino, al contrario, de ganar, de ser propietario. A diferencia de la libertad, la propiedad (singularidad, individualidad) es todo cuanto cada individuo es, su ser completo, su existencia y sí mismo. Se es libre de lo que no se tiene y se es propietario de lo que se posee. Se dirá, afirma Stirner, de un esclavo que puede ser libre interiormente. Sin embargo, lo que se es, lo más propio, se es interior y exteriormente, en su totalidad. Bajo el látigo de un esclavista, el cuerpo del esclavo no es libre, pero sigue siendo suyo. Lo mismo ocurre con la libertad de pensamiento, que existe, según la interpretación stirneriana, desde que se abre la potencialidad de tener todos los pensamientos posibles, y que se diferencia del pensamiento propio en que aquel, el libre pensamiento, dirige al individuo, mientras que este, el pensamiento propio, es dirigido por él. En todo caso, sostiene que la libertad de cada cual solo es completa cuando es propia, pasando así de ser solo libre a ser propietario. Lo que significa que la libertad es una propiedad que nadie puede otorgar; hacerlo no es más que devolver lo que ya le pertenece a cada cual, o lo que es lo mismo, algo robado[49].

El derecho, denominado por Stirner como el espíritu de la sociedad, es igualmente una idea (esto es, parcial –no universal– e impuesta). Sin embargo, defiende, fuera del individuo concreto no existe dado que es justo lo que es justo para cada cual, que es de quien únicamente deriva y emana todo derecho y justicia. Por ello, afirma tajantemente el pensador alemán que ni reclama ni necesita derecho alguno porque solo se tiene derecho a aquello que cada cual puede imponerse a sí mismo; un derecho inalienable. Con el derecho "absoluto" (ideal) el mismo derecho se convierte en nada, en una imposición, un fantasma situado por encima de los individuos en su unicidad[50]. El derecho, concebido como lo

---

[49] Así, Stirner diferencia entre "emancipación" y "autoliberación": aquella supone la compra en la reventa al ladrón de lo que este le ha robado al comprador; esta, en cambio, consiste en tomar (recuperar) lo propio, la propiedad.

[50] «No reclamo ningún derecho, por lo tanto, no necesito reconocer ninguno. Lo que puedo imponerme, me lo impongo, y lo que no impongo, no tengo derecho a ello, ni me enorgullezco ni me consuelo con mi derecho inalienable. Con el derecho absoluto, el derecho mismo desaparece, y al mismo tiempo se borra el dominio del "concepto de derecho". No debemos olvidar

hacen los liberales (burgueses, socialistas y humanistas) obliga al individuo porque es una emanación de la razón humana –o Razón, en mayúsculas–, frente a la cual la razón particular es pura sinrazón. Igualmente, el pueblo aparece como un ser superior al individuo. Los pueblos y naciones, los Estados, esto es, la sociedad (*Gesellschaft*) en cualesquiera de sus formas, también son ideas impuestas, por encima de cada cual, por las que la mayoría son poseídos, convirtiéndose en sus servidores y fanáticos defensores. Así, afirma: «La república no es más que la monarquía absoluta; no importa si el monarca se llama príncipe o pueblo, ambos son una 'majestad'» (Stirner 1844, 122). La asociación, a diferencia de la sociedad (Estado, nación, pueblo, raza, etc.), no se fundamenta en ideas, en fantasmas, sino en el interés y el goce. Posiblemente los dos conceptos clave en este punto. La asociación supone la disolución de la sociedad en tanto que la asociación se definiría, según Stirner, como grupo que no restringe la individualidad, la singularidad de cada cual. La asociación no se basa en ideas de libertad o igualdad o justicia, que anulan la particularidad, sino en la individualidad misma, en el sentido de que se fundamenta en la conveniencia e intercambio, en la unión mutuamente interesada de individuos coaligados en recíproco interés o goce. Así, sostiene: «Prefiero depender del interés de los otros antes que de sus 'actos de amor', misericordia, compasión, etc. El interés exige reciprocidad (como tú a mí, así yo a ti)» (Stirner 1844, 169). Por ello, no cree que deba respetarse al prójimo en tanto que prójimo, solo en tanto que le sirve al individuo que es cada quien. La asociación no es mantenida por un lazo (*religo*, etimología de religión) –raza, nación, familia, creencia–, sino que es poseída por los individuos, quienes sacan provecho de ella. En la sociedad, los individuos sirven o aportan a la sociedad mientras que en la asociación es esta la que sirve o aporta a cada individuo. La diferencia estriba en la unión de individuos particulares en tanto que egoístas cuyas voluntades están al servicio de sus propios intereses. Lo que persigue el egoísmo, afirma Stirner, es lo que le es útil a cada cual

---

que hasta ahora nos han gobernado conceptos, ideas o principios, y que, entre estos gobernantes, el concepto de derecho o el concepto de justicia ha desempeñado uno de los papeles más importantes. Legítimo o ilegítimo, no me importa; solo si soy poderoso, ya estoy automáticamente autorizado y no necesito ninguna otra legitimación» (Stirner, 1844: 111).

como ser autónomo y autócrata[51]. El amor interesado es un ejemplo: en él no hay servidumbre, no es fruto de obligación alguna sino de una elección individual. Incluso los comportamientos denominados desinteresados no lo son pues solo por partir de la elección personal ya no pueden ser calificados como tal. El verdadero es el amor egoísta: se ama a quien se ama porque hace feliz al amante (tanto o más que al amado), le es placentero, y esto le interesa. «Mi relación con el mundo consiste en que lo disfruto y lo consumo para mi propio placer» (Stirner 1844, 174), escribe. E insiste que «la pregunta no es cómo adquirir la vida, sino cómo malgastarla, disfrutarla, no cómo construir el verdadero yo en uno mismo, sino cómo disolverse, cómo expresarse» (*loc. cit.*, 175). Las concepciones antropofilosóficas antiguas, dice el bayreutense, consideran al ser humano un fin (en sí mismo). Según esta idea, el individuo ha de buscarse a sí mismo, hallar respuestas, lo que supone que no es poseedor de sí, o lo que es igual, que todavía se es extraño para sí mismo. Sin embargo, según la consideración stirneriana, cada individuo particular y singular es su propio punto de partida, por lo que no ha de buscarse, ya se posee a sí mismo. La cuestión, afirma Stirner, no estriba en saber qué sea la vida, sino que se trata de gozarla, de gastarla, quien se afana en conservarla no la disfruta, la busca quien no la posee aún, ergo no es propietario de sí mismo. La libertad, como la moralidad, la igualdad, la verdad, la justicia, Dios, el presidente, el Estado, la nación, el pueblo, la ideología, la humanidad, la democracia, etc., no son más que ideas. En cambio la propiedad es la suma de singularidades de cada individuo, todo cuanto le es propio o va de suyo[52]. Es por ello por lo que,

---

51 «Si Hess observara detenidamente la vida real, a la cual da tanto valor, tendría ante sus ojos cientos de esas asociaciones egoístas, algunas pasajeras y otras duraderas. Tal vez en este momento, frente a su ventana, se reúnen niños para jugar juntos; que los observe y verá asociaciones egoístas y alegres. Tal vez Hess tenga un amigo, una amante; entonces, podría comprender cómo dos corazones se encuentran, cómo se unen egoístamente para disfrutarse mutuamente, y cómo ninguno resulta "perjudicado" en el proceso. Quizás se encuentre con un par de buenos conocidos en la calle y lo inviten a acompañarlos a una taberna; ¿irá con ellos para hacerles un favor por amor, o se "unirá" a ellos porque espera obtener placer? ¿Le agradecerán hermosamente por su "sacrificio", o saben ellos que formaron juntos una "asociación egoísta" por un rato?» (Stirner 2003, 105-106).

52 Y que nada tiene que ver con la llamada "propiedad privada". Así, dice: «La propiedad privada subsiste gracias al derecho. Solo en el derecho encuentra su garantía. La mera posesión no alcanza la condición de propiedad; solo se convierte en "lo mío" mediante el consentimiento

afirma, la propiedad no puede ni debe ser abolida, sino que ha de serle arrebatada a los fantasmas, a las ideas, por el o la egoísta. El verdadero ser humano, el individuo, no se halla en el porvenir, no es un ideal; está aquí en el presente. El egoísta derriba todo dogma, destruye costumbres, tradiciones, hábitos –que, sentencia, es el primer escalón de la moralidad, y es, en el ser humano, como una segunda naturaleza–, para poner otros nuevos, mejores, suyos. Es quien entierra al ser humano espiritual bajo las cenizas de su mundo espiritual, quien, frente al espíritu toma la posición de reducirlo a no ser más que un espectro, rebajarlo al rango de ilusión. Ideas, espíritus, fantasmas, inculcados (inoculados) desde la infancia. Toda educación, sostiene, consiste en insertar pensamientos y sentimientos determinados –lanzando así un duro gancho contra el rostro del ideal de la *paideia*–. Lo dado (inducido, impuesto) a cada individuo le es ajeno, no le pertenece, es decir, es sagrado. Y ante lo que es sagrado se pierde todo poder. Nada es sagrado por sí mismo, cada cual consagra lo sacro. Pero el día que el egoísta convierte el mundo en su propiedad, el mundo deja de aplastarle con su poder, deja de ser(le) sagrado. El pensamiento es su propiedad igual que lo es el cuerpo. Si reconozco la idea como propiedad, dice Stirner, esta sí se halla realizada dado que en mí tiene su realidad; su realidad viene de que soy yo, lo corporal, quien la tiene. La posición del egoísta frete al espíritu consiste en rebajarlo al rango de ilusión. Porque, para ser único, tal y como el egoísta se reconoce, es preciso que no quede nada que no sea solo sí mismo. Tanto es así que defiende que el otro solo es lo que es para cada cual, su objeto, y como tal, su propiedad. Cada individuo es más que su raza, religión o patria, más que su condición humana, pues todas esas cosas no son más que ideas mientras que el individuo tiene un cuerpo, es un ser material. Frente a un fichteano yo absoluto, idealista, Stirner postula el *mí* (*Selbst*), un yo perecedero y material, finito e insignificante, un ser ya terminado, completo, que no necesita hacerse ni buscarse, perfecto tal y como es, sea como sea. Por esto, sostiene, el ser humano, en

del derecho»; y prosigue: «No es un hecho, no es un *fait*, como sostiene Proudhon, sino una ficción, un pensamiento. Esa es la propiedad legal, propiedad jurídica, propiedad garantizada. No es mía por mí mismo, sino por el derecho» (Stirner 1844, 135). La propiedad privada es lo que el Estado concede (permite) de lo suyo: es siempre una propiedad del Estado. Se trata, por tanto, no de una propiedad, sino de simple posesión.

general, universalmente, idealmente, no es, ni puede ser, la medida de todas las cosas, sino que cada individuo es la medida de todas las cosas: «Se dice de Dios: "Los nombres no te mencionan". Esto se aplica a mí: ningún concepto me define, nada que se describa como mi esencia me agota; son solo nombres. También se dice de Dios que es perfecto y no tiene el deber de buscar perfección. Esto también se aplica únicamente a mí» (Stirner 1844, 201). En este sentido, cada individuo humano es humano y, a la vez, más que humano. Dice: «Mi poder [*Macht*] es mi propiedad [*Eigentum*]. Mi poder me otorga propiedad. Mi poder soy yo mismo y a través de él soy mi propiedad» (*loc. cit.*, 98); es decir, es propiedad el poder que puede ser usado por su poseedor a su voluntad y que supone el sí mismo de cada sí mismo singular e irrepetible, único, esto es, radicalmente distinto de todo lo otro diferente de sí. En la madurez –del ser humano y su historia–, superado todo idealismo en cualesquiera de sus formas, sometidas las ideas como poder individual al arbitrio de su voluntad egoísta, donde la corporalidad, el goce individual y el interés propio se tornan en protagonistas, cada único vuelve a, se reconoce como, la nada creadora de la que sale, que es sí mismo, en su materialidad y temporalidad, en su irremediable condición efímera y perecedera que hacen de cada cual simplemente una nada con el poder de crear según su voluntad (de poder). Y pese a ello, esa nada que cada individuo es, supone para sí lo más importante, el centro de su propio mundo[53], el yo, el sí mismo que ha de ser su causa principal en la vida, y así, como Stirner, basar su causa en nada. «Yo he basado mi causa en nada», concluye el filósofo bávaro, cerrando el círculo y eternamente retornando al inicio del libro, al nihilismo radical que afirma que el ser humano es nada, como nada la materialidad del universo o las ideas, los pensamientos que cada ser pensante tiene el poder de crear según su voluntad–.

Resulta poco discutible, a la luz del texto del filósofo bayreutense, el

[53] «Al igual que Feuerbach, nadie vive en otro mundo que no sea el suyo, como Feuerbach, cada uno es el centro de su mundo. El mundo es simplemente aquello que no es uno mismo, pero que pertenece a uno, que está en relación con uno, que es para uno. Todo gira en torno a ti, eres el centro del mundo exterior y el centro del mundo de los pensamientos. Tu mundo se extiende hasta donde llega tu capacidad, y lo que abarcas, solo por abarcarlo, es tuyo. Eres Único solo junto con tu propiedad» (Stirner 2003, 78).

papel central que juega el antiidealismo en toda su construcción filosófica, y de la que se pueden extraer varias conclusiones. Primero, que la crítica antiidealista stirneriana no niega en ningún caso la existencia de las ideas, sino su sublimación y corporeización capaz de, pese a su inexistencia más allá de la mente que las piensa, esclavizar a los pensantes a través del hábito, la moral, la educación, la religión, etc. No rechaza la existencia de las ideas, sino que existan independientemente y más allá de quien las piensa, ni por encima, ni antes suya. Así, afirma Stirner en *Recensores de Stirner*: «¿Se descarta así el pensamiento? No, solo se le niega su santidad, solo se niega como propósito o profesión; se deja como medio a cualquiera que sea poderoso con ese medio. El propósito del pensamiento es más bien la insensatez, ya que un pensador en cada caso busca con su pensamiento encontrar finalmente el punto correcto, o liberarse del pensar y terminar con el asunto. Pero si se quiere santificar o llamar "humano" al "trabajo del pensamiento", se les asigna a los humanos no menos una profesión que si se les prescribe la fe, y se desvía de la irreflexión en lugar de dirigirse hacia ella, como hacia el sentido real o egoísta del pensamiento» (Stirner 2003, 83). Y especifica más adelante que su crítica o ataque «no es contra el amor, sino contra el amor sagrado; no es contra el pensamiento, sino contra el pensamiento sagrado» (*loc. cit.,* 92), porque, pese a las críticas (en este caso de Hess) que interpretan que Stirner apunta a la irrealidad o inexistencia de la razón o del amor, el filósofo bávaro afirma de sí mismo: «¿No habla él [Stirner] de mi razón, de mi amor? En mí son reales, tienen realidad» (*loc. cit.*, 103). De modo que la crítica que podemos denominar como a la metafísica, no es tanto una negación, sino la apuesta por su uso en base al interés egoísta. Lo que supone, segundo, la defensa de la (re)instrumentalización[54] de toda idea como medio del individuo, promoviendo así una inversión de la tradición platónica –la alegoría del auriga– según el cual debe el alma racional guiar al individuo humano, a una interpretación en virtud de la que ideas, razón, pensamiento son, en cambio, guiados por este. Igualmente, el antiidealismo stirneriano señala ácida pero

[54] Reinstrumentalización en el sentido de regreso al estado ontológico natural de las mismas: propiedad del pensante.

certeramente el idealismo consubstancial a posiciones filosóficas materialistas y ateas, especialmente arquetipadas en las de la llamada izquierda hegeliana tales como Feuerbach o Marx. Resulta interesante cómo entre las críticas más duras que estos le hacen al bávaro –que, en realidad, se hacen entre ellos– se refiere a las acusaciones de falso materialismo o idealismo. «El argumento central de Stirner radica en señalar que el joven hegelianismo no logra liberarse de las abstracciones que pretende criticar en Hegel» (Wallat 2009, 126). Efectivamente, Stirner no puede más que incurrir en la contradicción de atacar la preeminencia de la idea desde la idea, de luchar contra la transvaloración del pensamiento (de la metafísica), desde el pensamiento (desde la metafísica), algo de lo que Stirner es consciente[55] y en la que, acaso sin conciencia de ella, los propios Marx y Engels, que en *La ideología alemana* le critican duramente a Stirner esto mismo, también incurren. El antiidealismo se erige así en núcleo de una filosofía según la cual si las ideas lo son de cada individuo, propiedad suya, y cada ser humano, así como cuanto le es propio, es nada, las ideas son nada de nada.

[55] «Lo que dice Stirner es una palabra, un pensamiento, un concepto; lo que él quiere decir no es una palabra, no es un pensamiento, no es un concepto. Lo que dice no es lo que quiere decir, y lo que quiere decir es inefable [indecible]» (Stirner 2003, 72). Igualmente: «El Único no tiene ningún contenido, es la indeterminación misma; el contenido y la determinación solo le llegan a través de ti. No hay desarrollo conceptual del Único, no se puede construir un sistema filosófico a partir de él, como se haría con el Ser, el Pensamiento o el Yo; más bien, todo desarrollo conceptual termina con él. Quien lo considere como un 'principio' y piense que puede tratarlo filosófica o teóricamente, inevitablemente le lanza golpes inútiles. [...] Puesto que tú el contenido del Único, ya no puedes pensar en un contenido propio del Único, es decir, en un contenido conceptual […] El Único es una palabra, y con una palabra deberíamos poder pensar en algo, una palabra debería tener un contenido de pensamiento. Pero el Único es una palabra sin pensamiento, no tiene contenido de pensamiento. […] Pero el Único no dice nada, porque es solo un nombre, solo indica que tú eres tú, y nada más que tú, que eres un único tú o tú mismo. Por esto eres sin predicados, y al mismo tiempo, sin determinaciones» (Stirner 2003, 73-74). El Único es, pues una tautología que solo significa que cada cual es cada cual: «El juicio "tú eres único" no significa nada más que "tú eres tú", un juicio que el lógico llama un juicio absurdo, porque no juzga nada, no dice nada, porque es vacío o un juicio que no es juicio» (Stirner 2003, 75).

REFERENCIAS

Carroll, J., (2010). *Break-out from the crystal palace. The Anarcho-Psychological Critique: Stirner, Nietzsche, Dostoevsky*, Taylor & Francis.

Chillón, L. A. (2008) Martillo de creyentes. El turbador legado de Max Stirner. *Ars Brevis*, 14, 46-65.

Goethe, J.W., (1907) *Maximen und Reflexionen*, Goethe-Gesellschaft.

–– (1960) *Poetische Werke*, Band 1, Berlin.

Ricoeur, P., (1990) *Soi-même comme autre*. Éditions du Seuil.

Steiner, R. (1895) *Friedrich Nietzsche. Ein Kämpfer gegen seine Zeit*. E. Felber. http://anthroposophie.byu.edu/schriften/005.pdf

Stirner, M., (1844) *Der Einzige und sein Eigentum*. Wigan, http://www.max-stirner-archiv-leipzig.de/max_stirner.html

–– (1848). Recensenten Stirners. Fleming, K.W.; Kast, B. (eds.), (2003) *Stirneriana: Stirners Recensenten. Kritik und Anti-Kritik*, 24, 71-106. http://www.max-stirner-archiv-leipzig.de/stirneriana.html

Wallat, H. (2009). *Das Bewusstsein der Krise: Marx, Nietzsche und die Emanzipation des Nichtidentischen in der politischen Theorie*, Transcript.